

Tierra, trágame, y escúpeme en el Caribe

Ivanka Taylor



IVANKA TAYLOR

TIERRA, TRÁGAME
Y ESCÚPEME EN EL CARIBE

m̄r

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2015, Mediaset España Comunicación, S.A.

© 2015, Ivanka Taylor

© 2015, Ediciones Planeta Madrid, S. A.

Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.

C/ Josefa Valcárcel, 42. 28027 Madrid

www.mrediciones.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: Septiembre de 2015

ISBN: 978-84-270-4209-4

Depósito legal: B. 15.273-2015

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Impresión: Unigraf, S. L.

Impreso en España-Printed in Spain

Vale.

Genial.

Extraordinario.

Magnífico.

¿Qué mierda hacía aquí?

Mejor dicho, ¿qué mierda hacíamos aquí?

Por más vueltas que le daba no hacía más que repetirme las mismas preguntas una y otra vez.

Que ya no teníamos veinte años, joder...

Y allí estaba yo, con una brecha en la cabeza y un golpe en la rodilla que me dolería durante semanas.

Miré a mi alrededor.

Vi a una de mis mejores amigas de la infancia llorando y respirando dentro de una bolsa.

A mi otra mejor amiga, completamente colocada y también llorando, pero de risa.

Vi el coche de Sandra destrozado boca arriba como una tortuga muerta en medio de un secarral de La Mancha. Y entonces me fijé en el olor a estiércol seco mezclado con hachís.

¿Qué mierda hacíamos aquí?

¿Qué había pasado?

Tres cuervos nos graznaban desde el tendido telefónico y parecían hablar entre ellos, como si aquello fuese una novela de Murakami, pero en paleta.

Y para colmo me faltaba un zapato. Había mirado por todas partes y no aparecía. Debió de salir despedido en el golpe, o en la segunda vuelta de campana, vete tú a saber. Y no era un zapato cualquiera, era un Purificación García de la

colección primavera-verano de este año. Más tonta era yo por habérmelos puesto para aquel plan sin sentido.

Lo único bueno era que íbamos en el Volvo familiar de Sandra, y que tenía más airbags que el muñeco de Michelin. Llegamos a venir con el coche del padre de Bea y estábamos muertas las tres, seguro.

¿Cómo narices había empezado todo aquello?

Recuerdo perfectamente cómo narices empezó todo.

Era jueves, mediados de abril. El clima en Madrid no sabía si continuar el invierno o comenzar la primavera. Y claro, así no había quien organizase el armario. Bueno, mi armario, lo que se dice armario, no era, era una especie de ataúd estrecho en el que no cabían más de diez vestidos colgados. ¿Cómo no me había fijado en él cuando alquilé el apartamento? Supongo que con las prisas y la necesidad de conseguir un sitio barato donde dormir en menos de dos días, mis prioridades no se concentraron en el almacenamiento. El caso es que tenía toda mi ropa dividida entre maletas, un arcón monísimo que había comprado en Tailandia y que me había costado más dinero en sobrepeso que lo que había pagado por él (y que me valió una discusión con Javier), y el ataúd en cuestión. Y claro, así no había manera: la ropa de invierno estaba mezclada con la de entretiempo y la de verano con la de otoño, y tardaba en vestirme un mínimo de tres horas.

La única parte buena era que casi no me vestía porque apenas salía de casa desde hacía dos semanas.

Como decía, era jueves, estaba empezando a llover, se me acababa de terminar la leche de soja, en dos días cumpliría cuarenta años y me acababa de bajar la regla, aunque según la aplicación del móvil y mis cálculos, tenía que venir una semana después, pero allí la tenía, visitándome en todo su esplendor. El final perfecto para otra semana perfecta. Me estaba mirando en el espejo y lo único que veía era una cara

hinchada como una torta de pan y unas ojeras que parecían las de un oso panda. Que igual no era por la regla, que igual era porque me había pasado toda la noche llorando. Llevaba tres días sin lavarme el pelo y cinco días sin salir de casa. Bueno, el domingo había bajado la basura, pero eso no contaba porque solo me había puesto el abrigo encima del pijama. ¿Sabéis esas personas que iluminan la habitación con su belleza y carisma? Pues yo soy la que se apoya en el interruptor sin querer y apaga la luz. O al menos, así me sentía. El caso es que fue verme con aquellas pintas, en el fondo de un pozo estético, y decirme a mí misma (últimamente hablaba mucho conmigo misma): Alba, tienes que hacer algo...

La pregunta era: ¿qué hacer? Inventar una vacuna contra el cáncer o un sistema para paliar la sequía en el mundo estaban fuera de mi alcance, y luego estaba lo de los cuarenta. ¿Por qué no podía cumplir treinta y cinco otra vez? Los treinta y cinco estuvieron bien, si volviese a cumplirlos, tendría otros cinco años para hacerme a la idea de que iba a cumplir cuarenta. ¡Dios! ¡Cuarenta años! Esto ya eran palabras mayores. Teóricamente, eso me convertiría inmediatamente en una adulta, pero yo seguía sintiéndome como una adolescente. No había más que verme: separada, viviendo de alquiler en un piso diminuto y sin trabajo estable. ¿Qué podía hacer? ¿Cómo podía solucionar el desastre de mi vida?

Y así me pasaba el día, dándole vueltas a la cabeza, en el fondo de mi pozo estético y ahogándome entre dudas, así que decidí darme una ducha caliente. Cada vez que me duchaba, las cañerías sonaban como si alguien estuviese desollando un gato, pero ya me había acostumbrado y hasta me sentía acompañada por aquel ruido infernal. Además, era la única forma de mitigar el estruendo del tráfico de fuera y el ruido de las viejas de arriba, que parecía que daban clases de claqué todas las mañanas. Así que me quité el albornoz y me metí debajo del agua, y qué queréis que os diga, que me sentí mejor, no perfecta, pero mucho mejor. «Algo tendrá el agua cuando la bendicen», decía siempre mi abuelo (aunque él

mucha agua no bebiese, todo sea dicho), y creo que tenía razón. Y allí estaba yo, arrugándome como un Shar Pei cuando entre los maullidos, el taconeo y los camiones de reparto, empecé a oír la música de mi móvil. ¡Maldición! Siempre me llevaba el teléfono al baño por si sonaba, ¿por qué no lo había hecho? Evidente: porque era un jueves de mierda de otra semana de mierda.

Salí chorreando y al pisar el suelo casi me escurrí con la alfombrilla. Seguí corriendo y dejando un reguero por el parque que no saldría nunca justo antes de golpearme el dedo meñique con una maleta y llegar en el preciso instante en que el teléfono dejaba de sonar. Miré la llamada perdida: era Bea. ¿Hacía cuánto que no hablaba con Bea? ¿Dos, tres meses? Una de mis mejores amigas, y aún no le había contado nada de lo de Javier... Y de pronto me acordé. Bueno, no me acordé. Vi en el móvil que la había llamado la noche anterior a las tres de la mañana. Dos veces. ¿Por qué lo había hecho? Ese es el tipo de cosas que se hacen cuando una está borracha. Y no se llama a las amigas, se llama a un ex para preguntarle por qué te ha dejado. Miré rápidamente si había llamado a Javier. Menos mal. No le había llamado. Debí de llamar a Bea después de tomarme el Lexatin, porque no me acordaba de nada. Me había metido tres valerianas, pero como no me dormía ni dejaba de llorar, había decidido sacar la artillería pesada. ¿Qué podía hacer? Pensé allí, en pelotas, en medio del salón de mi micropiso. ¿La llamo? ¿No la llamo? El destino —o alguno de sus funcionarios— no me dio tiempo a pensarlo más, porque sin querer le estaba dando al botón de rellamada.

—¡Malditas pantallas táctiles!... —grité al techo al tiempo que oía como descolgaban al otro lado.— ¡Bea, bonita! ¿Cómo estás? —dije poniendo una voz natural que sonaba más falsa que una azafata del *Un, dos, tres*.

—Yo, muy bien, ¿y tú, Alba? ¿Pasa algo?

—¿Por qué? ¿Qué va a pasar?

—Tú sabrás... Me llamaste anoche dos veces... A las tres de la madrugada...

—Ah, ¿eso? Nada... Es que...

¿Y qué le decía ahora? Precisamente no había llamado a nadie porque no quería contarle por teléfono, y como no había salido, no se lo había contado a nadie. Así que estaba metida en aquel círculo vicioso cuando Bea me preguntó con voz seria:

—¿Va todo bien con Javier? —Que si iba todo bien, me preguntaba la tía... ¿Cómo lo había sabido? ¿Quién se lo había dicho? «Espera, Alba», reflexioné, «no te vuelvas paranoica, seguro que te lo está preguntando en plan qué tal todo...».

—Sí, todo bien... —mentí. ¿Por qué mentí? No tenía ni idea—. No, que te llamé porque... —¿Por qué la había llamado? No lo sabía, estaba completamente drogada—. Te llamé porque... —Mi cerebro pensaba excusas a toda velocidad mientras sentía cómo me iba quedando helada en medio del salón—. Porque me apetecía verte... —dije, y me quedé más ancha que larga.

—¿Estás segura?

—Sí, ¿no puedo querer ver a mi amiga favorita?

—Hombre... A las tres de la madrugada...

—Ah, eso... Nada, que le debí de dar al móvil sin querer... —Pero... ¿por qué narices no le había dicho eso en el primer momento en lugar de lo de que quería verla? Definitivamente, tenía que dejar de tomar tanto ansiolítico, se me estaba quedando el cerebro como un tomate atropellado.

—Pues genial, quedamos, que a mí también me apetece mucho verte. —«Seguro que sí, por eso hace más de dos semanas que no me mandas ni un whatsapp, perra...», pensé yo. Pero claro, no dije nada—. Oye, estoy pensando —continuó Bea— que por qué no quedamos hoy. Con esto de estar en el paro, tengo tanto tiempo libre que no sé qué hacer con él...

—¿Hoy? No sé... Es un poco precipitado, ¿no? —Era un poco precipitado y era lo último que me apetecía. No es que no quisiese ver a Bea, es que no quería ver a nadie vivo ni tenía fuerzas para salir a la calle.

—¡Qué va! Hace un día maravilloso; es juernes (y ya sabes que los jueves son los nuevos viernes); los restaurantes no estarán petados; y además he descubierto un sitio chulísimo

por Alonso Martínez en el que la happy hour se alarga hasta las once... Venga, ¿a qué hora quedamos? —El optimismo de Bea me golpeó como los yunques de los dibujos animados.

—Jo, Bea, es que, no sé... No me apetece mucho... Y además... No tengo nada que ponerme... —respondí apelando a la camaradería estética femenina.

—¡Déjate de leches! Te espero a las cinco en la Posada de París para un café y luego ya veremos cómo se presenta la noche. Voy a llamar a Sandra, que seguro que se apunta. Te dejo... ¡Ponte bragas limpias! Jajajajaja...

Y colgó. Así, sin más. Y es que Bea era así, todo lo contrario a mí, lanzada, resuelta, un poco alocada, es verdad, pero una optimista irreductible. Había sido así siempre, desde que nos conocimos en el instituto. Y me puse a recordar la primera vez que la vi en clase, lanzándole el borrador a un tío a la cabeza y dejándole casi inconsciente, cuando me di cuenta de que seguía desnuda en mitad del salón, con toda la piel de gallina y mirando el teléfono como los monos de 2001 el monolito. Eso ya era lo que me faltaba, pillar una pulmonía. Tenía que volver a la ducha.